

Parashat
Shelaj Lejá

♦ 85 ♦

כ"ד סיון תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

«Y éramos a nuestros propios ojos como langostas, y así éramos a sus ojos.» (Bamidbar 13:33)

En una ocasión me tocó hablar con un judío íntegro que se esfuerza mucho por cumplir la voluntad de su Creador, y para su sustento trabaja varias horas al día. Yo estaba seguro de que lo encontraría contento con su porción, ya que se dedica al estudio de la Torá la mayor parte de su tiempo, y también en las horas en que se ocupa de su sustento, todo se hace conforme al camino de la Torá y la Halajá.

Y he aquí que, para mi gran sorpresa, el hombre estaba lleno de amargura.

Cuando le pregunté por qué estaba tan frustrado, me respondió que jese ya es su cuarto lugar de trabajo! Y en todos los lugares siente que no lo valoran a él ni a su trabajo. Tiene un talento especial y realiza su labor con fidelidad, e incluso ayuda a promover el nombre del lugar de trabajo más de lo que se espera de él; pero, a pesar de todo, no lo valoran, y eso realmente lo frustra.

El Rebe de Kotzk, de bendita memoria, explicó cuál fue el pecado de los espías. Pues ellos dijeron en verdad lo que vieron y sintieron; sin embargo, su pecado fue que no creyeron en la promesa de Hashem de que subirían y heredarían la tierra.

Y así explicó el tzadik el versículo «Y éramos a nuestros propios ojos como langostas, y así éramos a sus ojos»: porque tal como la persona se ve a sí misma, así la ven los demás. Y si los espías hubieran creído verdaderamente y con sinceridad en la promesa de Hashem, no se habrían visto a sí mismos como langostas, y entonces tampoco a los ojos de los cananeos habrían sido como langostas.

Este asunto es un gran fortalecimiento para toda persona, desde joven hasta anciano, que se pregunta a sí misma: «¿Por qué no me valoran?». Ya sea un joven que se esfuerza tanto por tener éxito en el estudio, o un jefe de familia que invierte todas sus fuerzas en su hogar, y aun así sienten que su esfuerzo no es debidamente apreciado — esta es la respuesta: tú no te valoras a ti mismo, ¿cómo quieres que los demás te valoren? Si a tus propios ojos eres «una langosta», ten por seguro que así serás también a los ojos de los demás.

Y así explicaron los tzadikim el versículo: «Mi corazón rebosa una buena palabra; digo: mis obras son para el Rey» (Tehilim 45:2), que cuando una persona desea hacer alguna buena acción, debe decirse a sí misma: «¡Mis actos son para el Rey! ¡Voy a cumplir la voluntad de mi Creador!». Y cuando creas en ti mismo, podrás ver que también los demás creen en ti.

(Tiv Hatorá – Shelaj Lejá)

«Y le contaron y dijeron: “Fuimos a la tierra a la cual nos enviaste, y ciertamente mana leche y miel”.» (Bamidbar 13:27)

Los comentaristas analizaron la duplicación del lenguaje del versículo: «y le contaron y dijeron», que parece redundante, pues habría bastado con decir: «y le dijeron, etc.».

Y he aquí que es conocida la dificultad fundamental respecto al pecado de los espías: ¿acaso no fueron enviados precisamente para decir lo que verían en la tierra, y para examinar al pueblo que habita en ella, si es fuerte o débil, etc.? Y efectivamente dijeron lo que vieron sus ojos; ese es el papel de un «espía»: decir e informar todo lo que ven sus ojos.

Sin embargo, esos mismos hechos pueden interpretarse de varias maneras. Además del simple reporte de los detalles, depende mucho de cómo y de qué forma se «cuenta» aquello: qué se elige resaltar más y qué se oculta...

Como dijeron los espías en su lenguaje (versículo 28): «¡Efes! (אפס: '¡Nada!'), el pueblo que habita en la tierra es fuerte, y las ciudades son fortificadas...». Insinuaron con la palabra «efes» (que significa 'nada, cero') y dieron al pueblo a entender el resultado de su impresión, hacia dónde se inclinaba su corazón. Que todos los hermosos frutos de la tierra que mostraron eran «nada» frente a la fuerza del pueblo, las grandes ciudades y los gigantes — y por lo tanto, ¡no podremos subir a la tierra!

Por ello, aunque en sus palabras no dijeron ninguna mentira, su pecado estuvo en la forma en que relataban las cosas: añadieron también una «impresión personal», que transmitieron a través de su modo de contar y de su forma de hablar. — ¡Y eso no se les había pedido en absoluto! Y esta forma de relato fue la que agitó el corazón del pueblo para rebelarse contra Hashem y contra Su ungido, e infundir en su corazón que no debían entrar a la tierra. Por eso la Torá duplica su lenguaje y enfatiza: «y le contaron y dijeron», para enseñarnos que aquí hay que prestar atención también a la forma del relato, cómo lo contaban, además de las palabras mismas que dijeron. Pues en verdad, el poder del «relato» y su influencia son muy grandes: más allá de los simples datos que se transmiten, tiene gran peso la manera en que se cuenta y se presenta.

Y de aquí aprendemos cuán grande es el poder del «relato» y su influencia. Y si es así cuando se usa de forma negativa, cuando se utiliza el poder del relato para bien, para contar «historias de los tzadikim» y la grandeza de su alabanza y su esplendor, la medida positiva de su influencia es quinientas veces mayor. Pues mediante ello se abre un canal de influencia del «bien de las historias», para aprender de ellas los caminos de los justos >>>

y enderezar el corazón hacia el bien y la bendición. Amén.

Anécdotas de tzadikim: incentivo para enfrentar el día

Escuché del gran justo Rabí Mendel Atik, que el Gaón de Brisk, Rabí Yitzjak Zeev, zal, testificó que en la casa de su padre, Rabí Jaím de Brisk, zal, recibieron y absorbieron la esencia de la educación en buenas cualidades y temor al Cielo mediante «relatos de los justos de las generaciones». Pues el poder del relato constituye una herramienta maravillosa para transmitir enseñanzas éticas, ya que posee una «visualización» clara y tangible, permitiendo ver de forma concreta cómo se llevan a la práctica las cosas, en la realidad, conforme a la Halajá.

Y recuerdo de mis días de juventud, cuando aún era un muchacho, que tuve el mérito de contarme entre los alumnos del gran justo Rabí Nota Freund en la yeshivá Etz Jaím. Y era su costumbre sagrada contar muchas historias de justos que despertaban el corazón y revivían el alma. Y la calidad de todas estas historias quedó grabada en la mente y en el corazón por muchos años, más que otros estudios, dejando una profunda huella en el corazón y el alma de los alumnos para bien.

También mi padre, mi maestro, el gran tzadik de bendita memoria, que enseñó Torá a multitudes durante más de treinta años, abundaba en relatos de los justos, y con ello construía el alma de los estudiantes.

Por esta razón, participaba en el famoso discurso semanal del Maguid de Jerusalem, el Gaón Rabí Shalom Schwadron, zal, en el Bet Hamidrash Hagadol de Zijrón Moshé, que estaba llena de dulzura y condimentada con muchos relatos de justos.

De aquellos discursos recogía perlas selectas y buenas historias, que fluían abundantemente de la boca de Rabí Shalom, para que su «alforja» estuviera llena de «historias selectas», listas para utilizarlas en todo momento en la educación de los alumnos.

Y siempre decía que, así como es necesario enseñar a los alumnos los capítulos del Talmud con el comentario de los Tosafot y los Poskim, también debemos enseñarles los caminos de la santidad, la pureza de las cualidades y la refinación del alma.

Otro propósito tenía mi padre, zal, al participar en los discursos de Rabí Shalom: un pariente cercano suyo había fallecido prematuramente, dejando tras de sí una viuda con huérfanos desamparados.

Mi padre entraba en su casa cada día

para ayudar y asistir en todo lo necesario. La familia sufría mucho por el golpe que les había sobrevenido, y había muchas dificultades que requerían atención y ayuda.

Uno de los huérfanos atravesó un período de crisis, en el cual no quería levantarse por la mañana de su cama; en su profunda desesperación prefería acurrucarse entre las sábanas y huir allí de la dura realidad que lo esperaba fuera...

Como consejo terapéutico en esa época, mi padre le dijo que si se levantaba por la mañana y se preparaba adecuadamente para ir a su estudio, le contaría una bonita historia. Así le dio una buena razón, un placer agradable por el cual valía la pena levantarse por la mañana.

Por lo tanto, en ese período recaía sobre mi padre la tarea de proveerse cada día de una nueva y buena historia para ese joven huérfano. Y con ello, naturalmente, también buscaba moldear su carácter y educarlo a través de relatos de los tzadikim, para motivarlo hacia la Torá y el servicio Divino.

Inamovible ante vientos foráneos

Me relató Rabí Yitzjak Hachén Schwadron acerca de su padre, el famoso Maguid de Jerusalem, Rabí Shalom, zal, que solía abundar en sus discursos con palabras incisivas y contundentes contra aquellos que «cojean entre dos caminos», que intentan ser a la vez amigos de aquellos que se liberan del yugo de la Torá y las mitzvot y también de los temerosos de D-íos y sabios de la Torá, todo mezclado en una sola confusión.

Una vez, Rabí Shalom pronunció un discurso especial en el Bet Hamidrash Hagadol de Zijrón Moshé, en una gran asamblea de despertar espiritual, y habló con ardor de fuego santo contra el movimiento «mizrají», que en aquella época intentaba integrarse en el «viñedo de Hashem» y mezclarse entre los temerosos. Después de ese discurso, se le acercó un judío erudito y lo reprendió, por haber

abundado en burlas y sarcasmos contra aquellos judíos que respetan la tradición y cumplen los preceptos. Sus palabras penetraron profundamente en el sensible corazón de Rabí Shalom, y dudó si había actuado correctamente. De modo que fue a consultar a su maestro, el Jazón Ish.

El Jazón Ish le ordenó levantarse, tomar el atril en sus manos y repetir ante él el mismo discurso, exactamente como si estuviera ahora en la gran casa de estudio de Zijrón Moshé.

Rabí Shalom, sorprendido y tembloroso, se puso de pie con temor y comenzó a repetir todo el discurso, desde el inicio, con su memoria prodigiosa, hilando Midrash con versículo, exactamente como lo había dicho.

El Jazón Ish escuchaba con gran atención y disfrutaba mucho de sus palabras. Pero cuando llegó a las partes humorísticas, el Jazón Ish estalló en una gran carcajada, hasta el punto de que su silla se movía por la risa.

Cuando Rabí Shalom terminó, el Jazón Ish expresó su gran admiración y lo fortaleció para que continuara exactamente por ese camino. Y añadió con gran dolor que, si en su tiempo en Lituania hubieran existido predicadores así, ciertamente habrían podido resistir todos los vientos de la Hascalá (iluminismo) y las corrientes modernistas, que apartaron a muchos judíos rectos de la Torá, y no habría quedado rastro alguno de los ilustrados.

